

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

**LOS POBRES:
UNA INTERPELACIÓN A LA IGLESIA**

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA, 1981

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

I.- ESCUCHANDO A LOS POBRES

Los pobres en nuestra sociedad
La marginación de los ancianos
La condición de los inmigrantes pobres
El empobrecimiento en el sector rural
El aislamiento de los minusválidos
Los desarraigados de la sociedad
La inseguridad de los parados
Los niños y jóvenes pobres
Los pobres de “rostro indefinido”
Hacia las raíces de la pobreza

- El modelo socio-económico
- Insolidaridad social
- Individualismos egoístas

Interpelación a la Iglesia

II.- EL EVANGELIO, BUENA NOTICIA PARA LOS POBRES

El anuncio del Reino de Dios a los pobres

- Una buena noticia para los pobres
- La denuncia a los ricos

Actuación de Jesús con los pobres

Jesús pobre

La pobreza evangélica

III.- HACIA UNA IGLESIA EVANGELIZADORA DE LOS POBRES

Una Iglesia que anuncia el evangelio de los pobres

- El anuncio del Reino de Dios en nuestra sociedad
- La denuncia de la injusticia
- El anuncio de la salvación a los pobres

Una Iglesia que promueva una sociedad más fraterna

- Impulso de una sociedad más fraterna
- Las comunidades cristianas

Una Iglesia que eduque en la solidaridad

- Proceso permanente de mentalización
- Educación de actitudes

Una Iglesia más cercana a los pobres

- Compartir la situación de los pobres
- El servicio a los más pobres
- Los pobres en las comunidades cristianas

Una Iglesia que se hace más pobre

- Las consecuencias de la evangelización a los pobres
- La cruz

IV.- CONVERSIÓN Y COMPROMISO

Compromiso eclesial

- Presencia en los sectores más pobres
- La educación en la fe
- El servicio de caridad
- La celebración de la fe
- La espiritualidad de los pobres

Conversión personal

- El compromiso de los pastores
- La conversión en los grupos cristianos
- Llamada a los religiosos
- El compromiso ante la crisis actual

INTRODUCCIÓN

1. La Iglesia es la comunidad de Jesús en la medida en que vive esforzándose por escuchar su mensaje, seguir su ejemplo y anunciar fielmente su evangelio. Los cristianos no nos podemos sentir con sinceridad seguidores de Jesús, si no es en una actitud de cambio y conversión permanente.

Este tiempo de Cuaresma, en el que nos preparamos a celebrar la Muerte y Resurrección de Jesús, puede ser tiempo propicio para escuchar con más sinceridad su llamada a la conversión y para acoger en nosotros toda la fuerza renovadora que se encierra en el evangelio.

No debemos olvidar que si el evangelio no está cambiando nuestros corazones y renovando nuestras actitudes, costumbres y estructuras, no podemos decir que vivimos convirtiéndonos a Jesucristo.

Los creyentes siempre corremos el riesgo de encubrir nuestra falta de conversión y cambio de los corazones, bajo la apariencia de una fe simplemente confesada con los labios y no con la vida.

Por eso quisiéramos que nuestra voz llegara esta Cuaresma a todas las comunidades cristianas, para suscitar en todos nosotros una pregunta sencilla pero fundamental: en nuestras Iglesias, ¿nos estamos convirtiendo o nos limitamos a hablar de la conversión?, ¿vivimos siguiendo a Jesús o nos limitamos a creer en Él, para continuar recorriendo nuestros caminos de siempre?, ¿amamos o nos limitamos a creer en el amor, sin dejar de ser los viejos egoístas que nunca cambian?

2. Pero, nuestra llamada quiere ser más concreta. Con frecuencia se nos critica que no estamos cerca de los pobres ni a su lado. A pesar de las inexactitudes o el desconocimiento que, en algún caso, esta crítica pueda encerrar, creemos que nos recuerda una gran verdad y nos urge a escuchar mejor a Jesús «enviado a evangelizar a los pobres» (Lc 4,18).

Esta urgencia se hace más apremiante hoy que estamos viviendo una crisis socio-económica que se agrava progresivamente, sin que, por el momento, sea fácil prever su solución. Nuevos pobres y necesitados han hecho su aparición en nuestra sociedad. Sabemos que, una vez más, las clases más débiles y olvidadas sufrirán con más dureza que nadie las consecuencias de esta crisis, en una sociedad estructurada en función de los más fuertes y no al servicio de los más necesitados.

No es sólo un problema personal de los que, siendo pastores en la comunidad cristiana, tenemos una responsabilidad particular de anunciar el evangelio.

Es toda la iglesia, todas las parroquias y comunidades cristianas, todos y cada uno de los creyentes los que nos tenemos que preguntar con sinceridad:

El evangelio que nosotros anunciamos y vivimos, ¿es una buena noticia para los pobres de nuestra sociedad? La iglesia, ¿es la comunidad fraterna que quería Jesús, empeñada en buscar apasionadamente que la justicia de Dios se imponga y reine entre los hombres? Nuestras iglesias, ¿buscan sinceramente acercarse a los pobres y desvalidos de nuestra sociedad, para compartir con más realismo sus sufrimientos, problemas y aspiraciones, vivir en su defensa y a su servicio, y anunciarles la buena noticia de Jesucristo desde una actitud más pobre?

3. Sabemos muy bien que estas preguntas nos están ya recordando la necesidad de una transformación profunda en nuestras iglesias y en nuestras comunidades cristianas. Pero queremos ser realistas. Somos muy conscientes de que la renovación que necesitamos no llegará de una renovación de nuestro lenguaje ni tampoco de una Carta Pastoral que presente con acierto el ideal de una Iglesia más pobre y más cercana a los pobres.

Conocemos también los condicionamientos históricos y sociológicos que pesan sobre nuestras Iglesias diocesanas, y sabemos que no es posible pensar en una transformación inmediata de todo lo que debe cambiar para anunciar con más verdad y credibilidad el evangelio.

Creemos, sin embargo, en la acción del Espíritu de Jesús presente entre nosotros y en la capacidad de conversión de las gentes sencillas que viven en nuestras parroquias y comunidades cristianas. Podemos y queremos impulsar en nuestras Iglesias un movimiento de acercamiento a los más pobres de nuestra sociedad.

Sabemos que nuestra voz no encontrará el mismo eco en todos los sectores cristianos. Pero, si en nuestras comunidades somos capaces de hacer un esfuerzo sincero por escuchar el grito de los desposeídos y la llamada del evangelio, surgirán entre nosotros creyentes convencidos y grupos cristianos que, con su vida pobre y solidaria con los pobres, urgirán cada vez más a toda la Iglesia a ser más fiel a Jesucristo, evangelizadora de los pobres.

Nuestra palabra no quiere ser una denuncia fácil a la sociedad para criticar en otros lo que nosotros no vivimos. No queremos tampoco decir palabras hermosas sobre la pobreza, que nos dispensen de escuchar la cruda interpelación de los pobres. Desde el comienzo, quisiéramos que estuviera latente esta pregunta sincera: ¿nos preocupa el sufrimiento de los pobres?, ¿o más bien nos importa nuestra buena conciencia?

Sólo buscamos que en las comunidades cristianas se escuche con más lucidez y realismo la voz de los desheredados de la sociedad, que nos interrogue a todos sobre nuestra fidelidad a Jesucristo y nos impulse a buscar una Iglesia más cercana a los abandonados y más solidaria de los pobres.

I.- ESCUCHANDO A LOS POBRES

4. Antes que nada, hemos de abrir los ojos y el corazón para conocer mejor el mundo de los pobres y las condiciones de necesidad y marginación, tal como se dan entre nosotros.

Estamos convencidos de que si nos acercáramos a conocer mejor a estos hombres y mujeres que sufren, quizás muy cerca de nosotros, no podríamos eludir fácilmente su interpelación.

Somos conscientes de lo limitado de nuestra escucha. No estamos viviendo en la propia carne la inseguridad, la marginación, el desvalimiento de estos hombres. Y sólo los que comparten su pobreza y necesidad pueden conocer lo que vive en su corazón el hombre pobre, olvidado por la sociedad.

Sabemos también el riesgo que encierra hablar «de» los pobres y «sobre» los pobres. Es fácil la tentación de clasificarlos, reducirlos a estadísticas, encerrarlos en unos datos fríos y compadecerlos desde lejos.

Tampoco quisiéramos caer en la actitud del fariseo que, «queriendo justificarse», preguntaba quién era su prójimo. No buscamos tanto una luz sobre los pobres y su situación, cuanto sobre nosotros y nuestro modo de acercarnos y vivir el sufrimiento y los problemas de los abandonados por la sociedad.

Queremos, sencillamente, tomar conciencia más clara de quiénes son los pobres que nos interpelan desde nuestras ciudades, barrios y pueblos. Descubrir el rostro sufrido de esos hombres y mujeres que, con frecuencia, caminan por las calles junto a nosotros, pero de los que vivimos tan alejados. Conocerlos mejor, ¿no será éste el primer paso de acercamiento que debemos dar?

Los pobres en nuestra sociedad

5. Vivimos en una sociedad en la que se ha alcanzado un grado notable de desarrollo industrial y consiguiente nivel de vida. Pertenecemos al área de países privilegiados de la tierra en donde la pobreza no presenta, por lo general, los rasgos extremos de miseria inhumana que adquiere en las sociedades del Tercer Mundo.

Por ello, la situación de los necesitados y desposeídos se muestra entre nosotros menos hiriente y escandalosa. Y por ello también, es fácil que todos nos sintamos con frecuencia los pobres de nuestra sociedad sin detener nuestra mirada en los que, junto a nosotros, sufren verdadera necesidad.

La variedad y complejidad de las diversas situaciones es grande. Pero, en un grado u otro, siempre podremos observar en los últimos de nuestra sociedad, una pobreza que ofrece las mismas constantes: marginación, desvalimiento, soledad, precariedad de existencia, condiciones inhumanas de vida, inseguridad.

Por otra parte, la actual crisis económica está provocando nuevas situaciones de desamparo, necesidad y marginación, extendiéndose paulatinamente el número de hombres y mujeres amenazados por el paro y la inseguridad.

Además, este deterioro socio-económico y la inseguridad social, tienden a fomentar un clima de insolidaridad, desconfianza mutua y temor, que pueden hacer aún más duro el desamparo y la marginación de los que no pueden valerse por sí mismos. Corremos el riesgo de que cada uno busque resolver su problema, sin preocuparse de los demás.

Es verdad que en algunos campos se puede advertir un despertar y una toma de conciencia progresiva: asociaciones de minusválidos, subnormales, residencias de ancianos, organizaciones de parados, obras sociales y movilizaciones diversas.

También la Iglesia se ha esforzado por estar al servicio de los necesitados. Ahí están las diversas Congregaciones religiosas entregadas al cuidado de enfermos, ancianos, niños huérfanos, jóvenes abandonados... También las diversas organizaciones y servicios en diferentes campos: Cáritas, Fraternidad cristiana de enfermos, Auxilia, Traperos de Emaús, Apostolado gitano, etc.

Sin embargo, son muchos los que siguen sufriendo de manera callada junto a nosotros. Pensamos, sobre todo, en los grupos más débiles, que, por su misma situación, son menos capaces de organizarse y, por tanto, los que se encuentran más indefensos. Pobres en los que convergen diversos factores como necesidad económica, enfermedad crónica, minusvalía, ancianidad, soledad, desarraigo social. Son los «pobres entre los pobres», los que viven en condiciones verdaderamente penosas y carecen de fuerza de presión o convocatoria para elevar sus protestas.

La marginación de los ancianos

6. La «tercera edad» ha sido designada como el «tercer mundo» de nuestra sociedad. Probablemente, en ningún grupo social pueden verse mejor los resultados finales que producen las estructuras socio-económicas y las actitudes egoístas que de ellos derivan.

Es cierto que se observa una preocupación social por los ancianos, que se traduce en la construcción de residencias, creación de clubes, reivindicación de pensiones más dignas, servicios a los jubilados, etc. Pero, muchos ancianos siguen sufriendo nuestro abandono.

Todos conocemos y, de alguna manera, tememos esa edad en que el organismo se va desgastando y perdiendo vitalidad, el mundo de los sentidos se entorpece, las fuerzas se debilitan, disminuye la memoria y demás facultades síquicas, la salud se hace cada vez más vulnerable, y la persona experimenta de nuevo el desvalimiento y la necesidad de recurrir a los demás, casi como en los primeros años de la infancia.

Pero, quizás, no es el deterioro físico lo más duro en el anciano. Problemas de vista y audición dificultan a muchos de ellos y, en ocasiones, hasta bloquean

su posibilidad de comunicación con el exterior. Por otra parte, la dificultad para trasladarse de un lugar a otro y hasta de moverse, va empobreciendo progresivamente sus relaciones sociales. Todo ello va provocando en muchos el aislamiento progresivo, con sus consecuencias de apatía, tristeza, aburrimiento y, en ocasiones, hastío.

Pero, sin duda, es la soledad y la crisis del sentido de la vida, la amenaza mayor de la tercera edad. Precisamente en esa edad en que la persona se encuentra cada vez más desvalida y necesitada de afecto, ayuda y protección, es fácil que experimente como nunca la soledad, el sentido de inutilidad y la pérdida de ilusión para todo.

La soledad del anciano queda más agravada aún, cuando el fallecimiento de uno de los cónyuges produce una ruptura y una nueva quiebra en el equilibrio de la persona. Y, todavía más, cuando no encuentra en sus propios hijos la acogida y el calor que necesita.

Las condiciones de vida que a los ancianos ofrece nuestra sociedad tienen unas características muy concretas. Bastantes de ellos se ven obligados a vivir su ancianidad lejos del pueblo o del caserío en donde aprendieron a trabajar y a convivir, desarraigados y desorientados, en medio de un ambiente que no es el suyo.

Por otra parte, apenas se valora ya la experiencia y el saber de estos hombres. Entre nosotros, son las generaciones mayores las que tienen un nivel cultural más bajo. Muchos de ellos no tienen el hábito de leer y escribir que podría aliviar de alguna manera su soledad.

Socialmente, casi todos son relegados a un estado de inutilidad prácticamente total, sin interés alguno desde el punto de vista de la producción. Muchos de ellos, reclusos en sus casas, viven la amarga experiencia de no ser útiles para nadie y de convertirse en una carga cada vez más molesta para todos.

Esta condición dolorosa del anciano se hace todavía más dramática por la inseguridad económica en que viven algunos de ellos, percibiendo pensiones irrisorias, que no llegan a cubrir los mínimos vitales, o, incluso, sin pensión alguna, obligados a seguir trabajando o a vivir casi de limosna.

Entre estos hombres y mujeres, reclusos casi todo el día en viviendas reducidas, habitando en barriadas pobres y desatendidas, sufriendo enfermedades crónicas y seniles sin una atención sanitaria adecuada, huérfanos con frecuencia del afecto y la comprensión de sus hijos, sin capacidad para defender sus derechos y reivindicaciones, creemos ver a uno de los sectores más pobres y desvalidos de nuestra sociedad.

La condición de los inmigrantes pobres

7. Durante muchos años, han ido llegando hasta nosotros gentes de diversas regiones, acosadas por la necesidad de trabajo y atraídas por el desarrollo industrial de nuestro país.

Muchos han encontrado la acogida propia de un pueblo tradicionalmente hospitalario. Pero, con frecuencia, el temor de ver más amenazada todavía la propia identidad de nuestro pueblo y el miedo a ver desintegrarse nuestra propia cultura, han hecho que recibamos con recelo a estas familias trabajadoras o que las hayamos ignorado.

Hoy, muchas de ellas han encontrado ya aquí la tierra en que sus hijos y nietos crecerán y construirán su vida. Otras siguen debatiéndose por buscar unas condiciones de vida que les permitan enraizarse entre nosotros. Algunas, obligadas por la crisis económica y empujadas por la conflictividad política existente entre nosotros, comienzan a volver hacia sus pueblos.

Siempre es dura la condición del que emigra dejando su pueblo de origen para entrar en un mundo que no es el suyo. Pero lo es todavía mucho más, cuando se trata de hombres y mujeres pobres, desprovistos de formación y cultura, sin apenas defensas para vivir en un ambiente social diferente al suyo, obligados a vivir en un entorno que, aun sin ser hostil, les resulta difícil.

No podemos olvidar a los inmigrantes pobres que viven entre nosotros. Los encontramos en los barrios más pobres, en los trabajos más duros o peligrosos, obligados a ser los últimos de nuestra sociedad, viviendo con frecuencia una vida social cercana a la del «ghetto», con el riesgo constante de ser mirados con un recelo difícil de definir y hasta de ser considerados como ciudadanos de segunda categoría.

Estos últimos años han hecho también su aparición entre nosotros inmigrantes extranjeros (portugueses, argelinos, marroquíes,...). No son muchos, pero su situación es realmente dramática.

Víctimas, a veces, de especuladores y traficantes de hombres, sin una situación legalizada en muchos de los casos, sin defensa ante la explotación laboral, son la mano de obra barata para trabajos sucios y peligrosos que nadie desea.

Muchos de ellos carecen del afecto de la esposa y los hijos que quedaron en el hogar. Sin demasiada capacidad para comprender ni hacerse comprender. Con el miedo constante del que vive en una situación clandestina. Tratados de manera discriminatoria, evitados y hasta rechazados por la mayoría de los demás ciudadanos. Con el riesgo de terminar un día en la delincuencia y en la cárcel.

Creemos ver aquí un sector, ciertamente minoritario, pero donde encontramos también a los últimos de la sociedad.

El empobrecimiento en el sector rural

8. Pero no son sólo los venidos de fuera quienes sufren entre nosotros marginación y olvido. También están siendo olvidados hombres y mujeres nacidos en las entrañas mismas de nuestro pueblo.

Pensamos en los sectores rurales pobres, en los pueblos y aldeas que se van despoblando y empobreciendo. Alejados de los centros urbanos hacia donde se desplaza la vida. Con una población de la que han desaparecido los más jóvenes o emprendedores.

No todos viven en las mismas condiciones. Pero todos ellos sufren un empobrecimiento colectivo, ya que están viendo disminuir y hasta desaparecer servicios educativos, médicos y religiosos que todavía hace unos años poseían. Son los pueblos que van quedando sin médico, maestro ni sacerdote.

En estos ambientes rurales abandonados viven hombres y mujeres con un futuro inseguro e incierto. Sujetos a un trabajo duro y agotador, poco apreciado y, en ocasiones, mal retribuido. Con unos hijos que sufren especiales dificultades y retrasos en su escolarización. Sin apenas ilusión alguna por una promoción personal y social.

Personas que no pueden disfrutar siquiera de las posibilidades de diversión y ocio que los sectores modestos de los centros urbanos poseen. Hombres y mujeres que experimentan inseguridad, desconfianza y hasta inferioridad, en medio de la ciudad. Con dificultad, incluso, para acceder a los servicios administrativos y sanitarios, por su falta de cultura y, en ocasiones, dificultad de expresión o desconocimiento de la lengua castellana.

En estos pueblos rurales hay hombres y mujeres que sufren calladamente unas condiciones de marginación, desintegración, vejez, huida y abandono, sin fuerzas para defender sus aspiraciones y demasiado olvidados por la sociedad.

El aislamiento de los minusválidos

9. Hay también entre nosotros quienes viven la pobreza como una experiencia de aislamiento, soledad e imposibilidad de integración social. No todos tenemos las mismas posibilidades de convivencia social. Bastantes quedan marginados por alguna deficiencia física o mental.

Qué fácil es vivir ignorando la tragedia de esos minusválidos físicos, enfermos crónicos, invidentes, sordomudos, paralíticos cerebrales, víctimas de accidentes, enfermos síquicos. Ellos forman el mundo marginado de los que, al no poder valerse y competir con los demás, son relegados como menos «rentables».

En una sociedad dominada por el afán del máximo beneficio, no hay un lugar para los que no pueden asegurar un rendimiento continuado o una productividad suficiente. En nuestra vida moderna, cada vez más dinámica y compleja, no hay sitio para las personas disminuidas. La misma organización de la vida urbana tiende a alejar a los minusválidos y recluirllos dentro del hogar o del centro asistencial correspondiente.

Esta marginación comienza ya en la enseñanza. Los obstáculos que encuentra el minusválido para el acceso a la educación y la formación profesional son tan insalvables que muchos quedarán privados para siempre de una educa-

ción adecuada, y aislados cada vez más de la convivencia y la relación normal con otros compañeros.

Por otra parte, apenas es probable que pueden integrarse en el mundo del trabajo, en el que la contratación laboral atiende casi exclusivamente al rendimiento y a la capacidad profesional. Tampoco tienen fácil acceso al ocio y la diversión. De esta manera, el horizonte se cierra, con el riesgo de hundirse cada vez más en el aislamiento y la experiencia de inutilidad.

Esta marginación y aislamiento se hacen todavía más dramáticas cuando estos minusválidos pertenecen a familias modestas y necesitadas, y no están atendidos adecuadamente.

Difícilmente podremos comprender la sensación de soledad, impotencia y frustración que deben superar muchos de ellos para seguir viviendo. Pertenecen, sin duda, a los sectores sociales más pobres y necesitados.

El Año Internacional del Minusválido que estamos celebrando, nos debe ayudar a escuchar con más urgencia su interpelación.

Los desarraigados de la sociedad

10. También se da entre nosotros una población marginada que va de institución en institución y de pueblo en pueblo, en busca de una ayuda que le permita sobrevivir, aunque sea a un nivel vital mínimo y al margen de la sociedad.

Es el mundo de los vagabundos, mendigos, transeúntes inadaptados, alcohólicos solitarios, antiguas prostitutas..., cuya característica más común es el profundo desarraigo familiar, laboral y social en el que viven. Para muchos de ellos, su única vinculación con la sociedad es prácticamente su dependencia vital de las instituciones de caridad a las que acuden.

La mayoría proviene de las capas sociales más bajas, con un nivel cultural ínfimo y porcentajes elevados de analfabetismo. Muchos de ellos con una salud muy precaria, hundidos en el alcoholismo, viviendo en unas condiciones de vida infrahumanas. Atrapados en «el círculo de la pobreza», perdida de antemano toda batalla para salir de su situación.

La mayoría están solos, solteros, viudos o separados de la familia. Sin ningún hogar o punto de referencia para encauzar su vida, su trabajo y afectividad. Por razones diversas rompieron un día con la familia en que nacieron y crecieron, y viven ahora en la «intemperie afectiva».

Muchos no tienen compañía habitual ni tratan de manera estable con nadie. Sin amigos, sumergidos en una especie de atrofia mental, vencidos por la miseria y la soledad, no encuentran ya motivos para vivir, o, al menos, para vivir con ilusión.

Imposible penetrar en la tragedia íntima y personal que se encierra detrás de cada uno de estos hombres y mujeres. Al margen de sus comportamientos

personales, en la base de esta situación dramática está la injusta distribución de la riqueza y la cultura, el rechazo social de los débiles y no productivos, las condiciones infrahumanas de vida, la falta de servicios eficaces de rehabilitación humana y social.

Se diría que nuestra sociedad se preocupa, antes que nada, de que no se conviertan en peligro público. Por lo demás, no les ofrece prácticamente otra alternativa que la absoluta marginación y su progresiva autodestrucción.

La presencia pública de estos hombres y mujeres en los caminos, plazas y calles provoca diversas reacciones: desde la tristeza, la compasión o la indiferencia, hasta la repugnancia, la indignación y el recelo.

Nosotros vemos en su rostro a «los pobres entre los pobres». Un mundo de miseria, marginación e inadaptación que, lejos de desaparecer, se extiende de nuevo y crece entre nosotros, como producto de «deshecho».

No olvidamos tampoco los núcleos existentes de población gitana, marcados como en otros lugares por el subdesarrollo, la marginación y la discriminación.

Familias numerosas viviendo en condiciones absolutamente antihigiénicas. Niños mal alimentados y hasta desnutridos. Con índices elevados de analfabetismo y sin capacitación profesional alguna. Discriminados recelosamente en casi todas partes. Viendo cada día más amenazada su propia identidad.

La comunidad gitana es, sin duda, uno de los grupos humanos minoritarios que más duramente sufre la discriminación y marginación por parte de una sociedad que no es capaz de respetar sus valores culturales y defender para ellos los mismos derechos y libertades que tienen el resto de los ciudadanos.

La inseguridad de los parados

11. Sin duda, el paro es uno de nuestros problemas sociales más graves, y son cada vez más los hombres y mujeres que presienten más cercana su amenaza.

Probablemente no somos todavía conscientes de las profundas consecuencias que el paro trae consigo.

Los efectos económicos son, quizás, los primeros en notarse: descenso progresivo del posible ahorro familiar, renuncia al nivel de vida que antes se poseía (vacaciones, diversiones, gastos superfluos...). La falta de medios para el mantenimiento mínimo de los gastos familiares, necesidad de comprar al fiado, dependencia del subsidio del paro o de la ayuda de instituciones, parientes o amigos.

En algunos casos, ya anteriormente problemáticos, se puede iniciar un proceso de empobrecimiento absoluto, con caída en la miseria y en la dependencia de instituciones sociales incluso para poder alimentarse.

Pronto se advierten también las crisis que el paro provoca o desencadena en el seno de la misma familia: posible desescolarización de los hijos con el consiguiente empobrecimiento cultural y social de la familia, pérdida de prestigio del trabajador como esposo y como padre, deterioro de las relaciones entre los esposos, conflictos y tensiones entre padres e hijos.

Pero, queremos señalar también la fuerza deshumanizadora y destructora del paro en el mismo parado. El paro provoca en muchos la sensación de inutilidad, frustración e inferioridad ante otros compañeros. Acostumbrado a vivir de su trabajo, el parado no acierta a descubrir cuál puede ser su nuevo «rol» en la vida, en la familia y en la sociedad. No sabe cómo asegurar el prestigio y la valoración personal que el trabajo anteriormente le daba. La tentación de la evasión, la superficialidad, el alcoholismo, la compensación sexual y la desesperanza total resultan explicables.

Las consecuencias del paro son quizás más graves en muchos jóvenes que no ven un futuro a sus vidas: frustración, decepción total ante la sociedad, anulación de todo estímulo para el estudio y la capacitación personal, incertidumbre ante cualquier proyecto para el futuro, tentación de caer en la droga, el disfrute incontrolado del sexo o la delincuencia.

Está surgiendo así una subclase o estrato inferior dentro de las clases trabajadoras: los trabajadores pobres en paro. Sectores pobres que dependen estrictamente del subsidio estatal en el mejor de los casos, y de la ayuda asistencial, familiar o de amigos, en otros muchos. Hogares en los que no se atiende debidamente a la educación de los hijos. Trabajadores que se ven obligados a realizar ocupaciones desagradables y marginales, e, incluso, acudir a la limosna callejera. Familias que comienzan a rondar «situaciones de hambre» y, desde luego, niveles de infraconsumo.

Son los «nuevos pobres», cuyo número sigue creciendo y cuyas condiciones de vida pueden seguir empeorando cada vez más.

Los niños y jóvenes pobres

12. No queremos olvidar a los niños y jóvenes pobres, que sufren como nadie la marginación y la pobreza en que viven sus familias.

No nos resulta fácil a los que hemos conocido un hogar acogedor, comprender la tragedia de estos niños que, desde sus primeros años, han quedado a la intemperie de la sociedad.

A unos, la muerte de los padres, el abandono, la separación, la enfermedad mental o física, la incapacidad absoluta de atención a los hijos, los ha dejado sin hogar. Otros han nacido en un «hogar vacío» en el que, en vez de encontrar acogida y amor, han sufrido el rechazo, la frialdad y la agresividad. Algunos viven en el seno de familias prácticamente analfabetas y «patógenas» en donde diariamente son testigos y víctimas de riñas, abusos, alcoholismo, prostitución, malos tratos y casos extremos de autoritarismo.

Son niños mercados que viven en una angustia constante, apenas atendidos por nadie, sin un cuidado sanitario responsable, sin amor ni acogida.

Huyendo de sus casas para evitar las tensiones, la agresividad y el insulto. Vagando por los barrios en busca de algo que falta en sus vidas, sin ayuda y aliciente alguno para el estudio, sin asistir apenas a la escuela, alimentando en sus pequeños corazones una frustración y agresividad cada vez mayores, muchos de ellos están ya condenados de antemano a la delincuencia, al alcoholismo, la droga y la prostitución.

Muchos de los jóvenes delincuentes e inadaptados provienen de esas familias pobres, conflictivas e inestables, de esos barrios y suburbios donde faltan los servicios más elementales, de esa pobreza y marginación que, desde los primeros años, desintegra sus vidas.

Bastantes empezarán muy pronto su triste recorrido por tribunales, reformatorios o instituciones semejantes, para terminar un día en la cárcel. ¿Tenemos derecho a condenar así a estos jóvenes a los que nosotros mismos hemos abandonado sin cubrir sus necesidades más primarias, a los que hemos dejado sin la protección y el afecto que necesitaban, a los que no hemos dado trabajo ni ocupación alguna, en los que hemos despertado unas necesidades consumistas que nunca podrían satisfacer?

Estos niños y jóvenes pobres pertenecen, sin duda, al grupo de víctimas más explotadas en nuestra sociedad.

Los pobres de «rostro indefinido»

13. Hay también otros sectores pobres de hombres y mujeres olvidados y marginados. Pensamos, sobre todo, en esos pobres anónimos, de «rostro indefinido», que caminan junto a nosotros, pero que viven desde una situación de pobreza y necesidad.

Son los que no cuentan apenas para nadie. Personas solas, que no son reconocidas, respetadas y queridas personalmente en ningún grupo humano. Hombres y mujeres que no participan nunca en nada importante. Gentes a las que nadie escucha.

Incapaces de defenderse ante los demás. Con la sensación constante de haber fracasado en la vida. Personas «depresivas» y solitarias, con una incapacidad grande para relacionarse y tener amigos. Gentes a las que prácticamente todo el mundo rehuye. Rechazados hasta el límite de sentirse dominados.

Basta abrir los ojos con atención para descubrirlos entre nosotros: personas taradas y mentalmente débiles; madres solteras, que sufren ocultamente una marginación familiar y social; viudos solitarios rotos por la vida; familias venidas a menos, que esconden vergonzosamente necesidades extremas; esposos y esposas traicionados o abandonados por el cónyuge tan querido.

Queremos recordar, de manera especial, a la mujer pobre, de nivel cultural ínfimo, plenamente sometida con frecuencia a la voluntad del varón, relegada al trabajo del hogar en viviendas de condiciones inhumanas, abrumada día y noche por los problemas y la atención a los hijos, sin posibilidad de verdadero descanso ni horizonte alguno de promoción personal.

Son los pobres ocultos, los que ni siquiera tienen voz para hacerse oír.

Hacia las raíces de la pobreza

14. ¿Dónde están las raíces de esta pobreza que impide a estos hombres y mujeres vivir una vida humana digna? Con frecuencia lamentamos estas situaciones pero no penetramos hasta sus causas, advertimos las consecuencias pero olvidamos su origen, vemos a las víctimas pero no reconocemos a los causantes de este sufrimiento injusto.

Sin desconocer los factores naturales que escapan a la responsabilidad humana, hemos de descubrir con lucidez el pecado que habita en el corazón del hombre y en las estructuras humanas. Ese pecado que nos deshumaniza individual y colectivamente impidiendo la justicia y la fraternidad entre los hombres.

• *El modelo socio-económico*

Antes que nada, y sin negar otras razones de muy diverso orden, debemos decir que estas clases pobres y marginadas son el resultado de un orden socio-económico que, mediante un complejo de factores eficaces y poderosos, beneficia a los intereses de los más fuertes, mantiene a grandes sectores en unos niveles medios de seguridad y hunde en la pobreza y la necesidad a los más débiles y desvalidos.

La vida de estos hombres y mujeres no es algo natural, sino consecuencia de un conjunto de mecanismos sociales, económicos, políticos y culturales que oprimen, despojan y marginan a los desheredados, creando el mundo de los pobres. La injusticia que está en la raíz de esta pobreza no se debe a la fatalidad sino a la responsabilidad de los que hacemos esta sociedad.

Vivimos en una sociedad en la que, según el análisis de los técnicos, se advierte:

- Un proceso de concentración del poder económico, que tiende a dividir a la población en dos grupos fundamentales: los que deciden y los que ejecutan.
- Una distribución de la riqueza y de la renta, en la que el índice de desigualdad es muy elevado. Por otra parte, los mecanismos que segregan esta desigualdad tienden a aumentarla progresivamente.
- Un sector público del que difícilmente se puede decir que contribuya a una redistribución equitativa de la renta y el poder. Por otra parte, la utilización de los instrumentos de redistribución encuentra obstáculos casi insuperables en la oposición de los grupos privilegiados.

- Todo ello tiene clara repercusión en las desigualdades culturales y políticas, con lo que el sistema tiende a perpetuarse indefinidamente, con simples correcciones debidas a la correlación de fuerzas.
- El resultado es la existencia de clases sociales que enfrentan objetiva y estructuralmente a los ciudadanos, esterilizando, en gran parte, los mejores esfuerzos de solidaridad interpersonal.
- En esta sociedad, los sectores más débiles quedan marginados a niveles de pobreza, necesidad y abandono más extremos, cuando se ven afectados además por factores físicos (enfermedad, ancianidad, minusvalía...), sociológicos (emigración, éxodo rural...), económicos (crisis laboral, paro...), desadaptación social (desarraigo, alcoholismo, drogadicción...).

- ***Insolidaridad social***

15. Dentro de este modelo de sociedad observamos comportamientos y estructuras, actitudes y mecanismos, hábitos y costumbres, que sólo pueden tener un nombre: *insolidaridad social*. Vemos entre nosotros:

- Una sociedad donde los grupos económicamente más poderosos y grandes sectores de población siguen buscando interesadamente el máximo lucro posible, sin atender a necesidades ajenas.
- Una sociedad organizada para satisfacer los deseos de los que tienen medios económicos y no para responder a las necesidades de los menos privilegiados.
- Una sociedad que valora a las personas por su capacidad de producción y rendimiento y, en consecuencia, margina a los que no producen convenientemente.
- Una sociedad competitiva, dominada por el afán de posesión y el máximo beneficio, que ignora y arrincona a los que no pueden valerse o competir con los demás.
- Una sociedad que exalta la felicidad basada en el tener y el poseer cada vez más, y no promueve el estilo de austeridad y desprendimiento que nos pueda llevar a compartir nuestros bienes con los necesitados, ni estructural ni individualmente.
- Una sociedad donde las relaciones están mediatizadas, casi siempre, por el dinero, y donde no se estimula el servicio gratuito, generoso y desinteresado.
- Una sociedad en donde la marginación, salvo raras excepciones, crea un tipo de hombre resignado e incapaz de superarse.

- ***Individualismos egoístas***

16. Sería un engaño lanzar todas las responsabilidades sobre las estructuras sociales, o tranquilizar nuestras conciencias emplazando únicamente al Estado y a la sociedad para la solución de todos estos problemas.

Hay situaciones de desvalimiento, soledad y desarraigo que, difícilmente podrán ser resueltas por la acción protectora de la sociedad. Hemos de pensar en nuestra propia responsabilidad personal y familiar.

Ninguna reforma estructural ni reivindicación social puede traer verdadero consuelo ni compañía amistosa a quien está solo, si no hay nadie que se acerque sinceramente a él.

Con frecuencia, las nuevas generaciones estamos negando a los ancianos el afecto, el calor y la cercanía humana que nos piden. Se nos hace dura la «dependencia» que crea la atención a la persona mayor.

No pocas veces discriminamos desde nuestro interior a las gentes venidas de fuera. Nos cuesta tratarlas como verdaderos hermanos. Incluso, en ocasiones, las evitamos y rehuimos de diversas maneras.

Hemos aprendido a luchar por nuestras propias reivindicaciones, pero permanecemos indiferentes cuando se trata de los derechos y aspiraciones de otros sectores más indefensos, como puede ser el del hombre rural pobre.

Creemos que toda nuestra responsabilidad respecto a las situaciones de los minusválidos, enfermos crónicos y personas disminuidas, termina con nuestro donativo en la cuestación correspondiente, sin plantearnos otras posibilidades de servicio, ayuda y cercanía a ellos.

Hay también entre nosotros quienes, en esta situación de crisis económica, siguen derrochando y gastando su dinero sin medida, olvidando absolutamente a quienes sufren necesidad.

Vemos también las actuaciones individualistas de quienes todavía apenas han sufrido las consecuencias de la actual crisis y buscan superar la situación utilizando toda clase de medios y presiones sociales a su alcance, pensando sólo en su propio beneficio.

También es frecuente la postura cómoda de quienes se despreocupan de los problemas públicos, olvidan su propia responsabilidad social, y sólo se mueven y luchan cuando se ven personalmente afectados en sus derechos.

Interpelación a la Iglesia

17. Estos pobres concretos de nuestra sociedad son signo claro de que todavía Dios no reina entre nosotros como Padre de todos. Desde estos pobres, Jesús nos sigue interpelando a la comunidad cristiana. Desde su impotencia, su necesidad y abandono, estos hombres y mujeres nos obligan a volver al realismo evangélico para preguntarnos nuestro seguimiento a Jesús no es excesivamente ilusorio y conformista.

¿Estamos siendo fieles a Jesús, «enviado a evangelizar a los pobres» la buena noticia del Reino de Dios? Lo que estamos anunciando en esta sociedad y la vida que estamos promoviendo en nuestras comunidades cristianas, ¿es «buena noticia» para los pobres concretos que viven entre nosotros?

¿Cómo puede ser creíble el mensaje de fraternidad de Jesús que anunciamos, si no estamos cerca de estos pobres, compartiendo sus problemas y angus-

tias, defendiendo sus derechos y comprometidos en sus aspiraciones por una vida más humana y liberada? ¿Qué evangelio se escucha en nuestras Iglesias, si los primeros beneficiarios no son los más pobres y olvidados de nuestra sociedad?

¿Qué estamos haciendo desde nuestras comunidades cristianas para que se vaya abriendo camino la justicia del Reino de Dios en nuestro mundo, es decir, para que crezca la experiencia de un Dios, Padre de todos, y se den pasos concretos hacia una fraternidad más justa?

Pero, las preguntas que nos debemos hacer todos, tienen que ser más concretas: ¿qué pasos debemos dar para ir tomando conciencia más clara de que no podemos ser la Iglesia de Jesús si no somos la Iglesia de estos pobres? Y más todavía, ¿qué transformación se debe dar ya desde ahora en nuestras Iglesias diocesanas, en nuestras parroquias y comunidades cristianas y en nuestras propias vidas, para estar más cerca de ellos?

Desearíamos que estos interrogantes fueran escuchados sinceramente en las comunidades cristianas de nuestras Diócesis, en una actitud de reflexión, revisión y conversión sincera al evangelio.

II.- EL EVANGELIO, BUENA NOTICIA PARA LOS POBRES

18. Antes que nada, estos pobres nos invitan a escuchar de nuevo a Jesús y dejarnos interpelar por su mensaje.

El anuncio del Reino de Dios a los pobres

La causa a la que Jesús dedicó su tiempo, sus fuerzas y todo su ser, fue el Reino de Dios entre los hombres. La justicia del Reino de Dios es el núcleo central de su mensaje y la pasión que anima toda su actuación.

Por eso, el Reino de Dios nos ofrece la clave para captar el sentido que Jesús quiso dar a su vida y descubrir el proyecto que quería ver impulsado entre los hombres.

- ***Una buena noticia para los pobres***

Cuando Jesús anuncia la llegada del Reino de Dios, se dirige a los pobres como los primeros que deben escuchar este anuncio como una buena noticia. Ellos son los primeros destinatarios y beneficiarios del Reino de Dios. Toda la actuación de Jesús parte de esta convicción: «El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres» (Lc 4,18).

El Reino de Dios pertenece, según Jesús, a los desposeídos, a los hombres y mujeres que se caracterizan por la necesidad. Se trata, según toda la tradición bíblica, de los indigentes, los indefensos, víctimas de la opresión de los poderosos, incapaces de defender sus derechos frente a los abusos de los fuertes y violentos, hombres sin prestigio ni recursos, gentes a las que nadie hace justicia, personas para las que no hay sitio en las estructuras sociales y en el corazón de los hombres.

La predicación de Jesús puede parecer sorprendente y escandalosa. ¿Por qué el Reino es una buena noticia sólo para los pobres? Dios, ¿no es neutral? ¿Son, acaso, los pobres, mejores que los demás hombres para merecer el Reino de Dios y tener un trato especial de Jesús?

El carácter privilegiado de los pobres no se debe a sus méritos, a sus virtudes, ni siquiera a su mayor capacidad para acoger el mensaje de Jesús. La pobreza, por sí misma, no le hace a nadie mejor. La única razón es que son pobres y abandonados, y Dios, Padre de todos, no puede reinar entre los hombres sino haciendo justicia a los que nadie hace (Sal 72,12-14. 146,7-10).

Los pobres son hombres necesitados de justicia y amor. Por eso, es bueno para ellos que se imponga la justicia de Dios. Si Dios reina entre los hombres, ya no reinarán unas clases sobre otras, ya no oprimirán unos grupos a otros. Si Dios reina, no deberá reinar ya sobre los hombres el dinero, el lucro, el capital, la producción, el poder, como señores absolutos.

Ante la llegada del Reino de Dios, tienen suerte los pobres. No porque son mejores que los ricos, sino porque Dios no puede reinar en la nueva sociedad sin hacerles justicia.

- ***La denuncia a los ricos***

19. Naturalmente, si el mensaje de Jesús es una buena noticia para los pobres, entonces, los ricos y poderosos sólo pueden escucharlo como una amenaza para sus intereses, ya que son llamados a compartir sus bienes con los hermanos necesitados.

Jesús ha desenmascarado todo el poder alienante y deshumanizador que se encierra en las riquezas. Para Jesús, las cosas materiales son buenas y los hombres deben disfrutarlas como un regalo de Dios. Precisamente por eso, Jesús va a condenar duramente a los ricos y maldecir a los hombres que acaparan y poseen más de lo que necesitan para vivir sin preocuparse de sus hermanos.

Según toda la tradición bíblica, esta riqueza de algunos existe a costa de la pobreza de otros. En definitiva, hay pobres porque hay ricos. Los profetas han levantado su voz una y otra vez contra estos ricos. Amós grita así en Israel: «Expimis al pobre y elimináis al miserable» (8,4). Miqueas los condena porque «arrancan la piel» de los pobres y «se comen su carne» (3,1-3). Habacuc condena la «riqueza traidora» y maldice a «los que amontonan lo que no es suyo» (2,5-6).

Es tradicional la crítica de los profetas a los que amasan bienes explotando a los trabajadores. Jeremías clama contra los que «edifican su casa con injusticias y levantan sus pisos inicualemente; hacen trabajar de balde a su prójimo, y no le pagan su salario» (Jr 22,13). Siglos más tarde, corría por las comunidades cristianas una carta en la que se puede leer esta misma condena a los que «no pagan el salario a los trabajadores que segaron sus mieses» (St 5,4).

Jesús no se preocupa tanto por el origen injusto de las riquezas como por el mismo hecho de su posesión. Su denuncia es más profunda y radical. Mientras siga habiendo pobres y necesitados, la riqueza acaparada y poseída sólo para sí es un obstáculo que impide el Reinado del Dios, que quiere hacer justicia a todos los hombres. Por esto, Jesús la condena.

Toda riqueza que el hombre acapara para sí mismo, sin necesidad, es «injusta» (Lc 16,9), porque está privando a otros de lo que necesitan. Y todo hombre que se afana por acumular bienes para su propio interés, sin preocuparse de los necesitados, impide el nacimiento de esa sociedad fraterna querida por el Padre.

20. Jesús ha visto con profundidad el peligro que se encierra en las riquezas. Antes que nada, el rico corre el riesgo de ahogar los deseos sinceros de libertad, justicia y fraternidad que nacen desde lo más hondo de todo hombre. En realidad «su corazón está donde están sus tesoros» (Lc 12,34). Esclavo de sus bienes e intereses, todos sus buenos deseos y aspiraciones «quedan ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida» (Lc 8,14).

Las riquezas despiertan en nosotros la necesidad insaciable de tener siempre más. Jesús condena como una insensatez la vida del que consagra sus energías, su tiempo y sus mejores esfuerzos a acumular y acrecentar sus bienes. Cuando Dios se acerca a él para que responda de su vida, se pone de manifiesto que ésta carece de contenido y ha sido malgastada. «Insensato... así es el que amontona riquezas para sí y no es rico para Dios» (Lc 12,15-21).

Pero, hay algo más. La riqueza endurece a los hombres y los insensibiliza a las necesidades de los demás. La riqueza va abriendo distancias, crea ruptura, origina clases, levanta barreras entre los hombres.

Es dramática la parábola del rico y del pobre Lázaro. Los dos se encuentran todos los días, pero viven absolutamente alejados el uno del otro. Mientras Lázaro vive en la miseria, haciendo la experiencia dolorosa de la indignidad humana, el rico vive engañado en su mundo de seguridad y bienestar, olvidado de su condición de hombre y hermano (Lc 16,19-31).

Esta ceguera cruel es el riesgo que amenaza siempre al que vive disfrutando de bienestar, sin preocupaciones ni aprietos económicos. No ve a los necesitados. No es capaz de comprender sus angustias, sus miedos y sufrimiento. No entiende que son sus hermanos.

Por todo esto, Jesús grita con firmeza que no es posible entrar en la dinámica del Reino de Dios y vivir esclavo de las riquezas. El Padre que ama a todos los hombres no puede reinar en la vida de quien vive dominado por el dinero y olvidado de sus hermanos: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Lc 16,13).

Jesús es duro con los ricos. Pero, su mensaje no deja de ser un mensaje de esperanza también para ellos. Por eso, se acerca también a los ricos, entra en sus casas y come a su mesa, invitándoles a escuchar su llamada y convertirse de corazón (Lc 19,1-10).

Al rico se le ofrece un camino de salvación: la limosna, es decir, compartir lo que posee con los pobres. Para Jesús, «dar limosna» no es un gesto de caridad por el que nos desprendemos de una pequeña parte de lo superfluo para seguir siendo ricos. Dar limosna es el proyecto de vida de quien ha escuchado la invitación del Reino de Dios. Implica dejar de ser «rico», es decir, compartir lo que poseemos sin necesidad con aquellos hermanos que lo necesitan.

Mientras tanto, aunque viva una vida piadosa e intachable, algo esencial le falta al rico para entrar en el Reino de Dios (Mc 10,21). Algo falla en nuestra vida cristiana cuando somos capaces de vivir disfrutando y poseyendo más de lo necesario, sin sentirnos interpelados por el mensaje de Jesús y las necesidades de los pobres.

Actuación de Jesús con los pobres

21. No podía Jesús anunciar el Reino de Dios a los pobres sino en una actitud de cercanía, servicio y defensa de los necesitados y de los pobres.

Uno de los rasgos mejor atestiguados de Jesús de Nazaret es su cercanía a los marginados. Ciertamente, no se ha movido en los círculos selectos de la sociedad judía ni junto a las clases poderosas e influyentes. Tampoco ha adoptado una postura neutral y equidistante. Es clara su preferencia por los marginados. Los pobres forman el grupo privilegiado de Jesús.

No debemos olvidar que Jesús vivió en una sociedad subdesarrollada en donde la inmensa mayoría de las gentes vivían en la pobreza. Y es, precisamente, en medio de esa masa anónima, que tan poco significaba para los sectores cultos y selectos y para las clases ricas y privilegiadas, donde Jesús actuará con preferencia.

No obstante, aún dentro de aquella sociedad, hay hombres y mujeres que viven en una situación más extrema de necesidad y desamparo.

Son los enfermos, los minusválidos, los enajenados, los leprosos, los mendigos sin trabajo, las viudas desvalidas, los samaritanos discriminados, los desamparados por la ley, gentes agobiadas por la vida, ignorantes a los que su ignorancia religiosa y su comportamiento al margen de las normas sociales cerraba el acceso a la salvación, según la convicción de la época.

Jesús se acerca precisamente a estos hombres y mujeres, a quienes faltan los bienes de la tierra y el consuelo del cielo. Éstos son «los pequeños» a los que Jesús se entrega con gozo, viendo que Dios ha querido manifestarse a ellos (Mt 11,25).

22. Jesús se acerca a estas gentes porque las ve necesitadas. Es significativa toda su actuación con los enfermos. Jesús se acerca a reconstruir a estos hombres hundidos en el dolor, la condena moral, la impotencia, la soledad y la marginación social.

El mejor regalo que les hace es su cercanía y acogida, que infunde fe, aliento y esperanza. Los escucha, los comprende en su soledad y desvalimiento, los arranca de la desesperación y les contagia su confianza. Los libera de la culpabilidad, los reconcilia con Dios y los devuelve de nuevo a la convivencia.

Jesús defiende los derechos de estos pobres y trata de despertar en aquella sociedad una corriente de solidaridad y verdadera fraternidad.

No tiene miedo en denunciar todo poder individual o colectivo, religioso o político, cultural o económico, cuando se opone a la construcción de esa fraternidad. Si hay pueblos oprimidos, es porque los poderosos los oprimen con su poder (Mt 20,25). Si hay opresión religiosa, es porque los legistas imponen cargas intolerables al pueblo (Mt 23,4). Si hay pobres tan necesitados, es porque los ricos no comparten sus riquezas (Lc 16,19-31; 6,24-25). Si hay marginación y desprecio social a los pecadores, es porque las clases religiosas selectas los discriminan (Jn 9,34). Si hay ignorancia, es porque los escribas se han llevado la llave de la ciencia (Lc 1,52).

Jesús actúa movido por su pasión liberadora y su amor absoluto a los hombres. Lo decisivo no es la pertenencia a un determinado grupo o clase so-

cial, sino la necesidad de ayuda liberadora que aquella persona tiene. No se trata de un programa de revolución social, sino de la actuación de quien se siente enviado por Dios para establecer el Reino de la fraternidad verdadera.

Por eso, todos cuantos no tienen nada que esperar de los hombres son sus hermanos privilegiados. Hasta tal punto es así, que ha querido identificarse con todos ellos para siempre, haciendo imposible la adhesión a su persona con la despreocupación por los pobres. «En verdad os digo, que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

Jesús pobre

23. Jesús no sólo se ha acercado a los pobres, sino que ha compartido su suerte. De hecho nació, vivió y murió pobre.

Jesús perteneció al mundo de los pobres. De familia modesta, vive en uno de los estratos más humildes de aquella sociedad subdesarrollada. Su mundo familiar, su educación y su trabajo se encuadran en el contexto pobre de una aldea insignificante de Galilea.

Cuando comienza a anunciar el Reino de Dios, lo deja todo para iniciar una vida itinerante e insegura al servicio total de la evangelización. Más tarde, cuando envíe a sus discípulos, les pedirá insistentemente la misma actitud: «No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengáis dos túnicas» (Lc 9,3).

Este estilo de vida pobre no está motivado por un sentido ascético o por el desprecio de las cosas materiales. Es la actuación consecuente de quien sabe que no se puede anunciar el evangelio a los pobres desde la riqueza, el poder o la seguridad.

Por ello, tampoco cultiva Jesús la amistad de los detentadores del poder. No apoya su acción evangelizadora en ninguna de las fuerzas políticas, religiosas, económicas o culturales de aquel país. No vive de influencias ni privilegios.

Jesús se mantiene libre frente a la red de intereses de las diversas clases y grupos político-religiosos que se mueven en aquella sociedad. Cada grupo intenta abrir su camino hacia el esperado Reino. Jesús, sin identificarse con las estrategias y objetivos de nadie, anuncia ya la llegada de un Dios, Padre de todos, que urge a todos a una fraternidad incondicional.

Esta actuación de Jesús, más radical que ninguna, no es evasión de los problemas concretos, sino una exigencia más original, profunda y comprometida, porque urge a buscar eficazmente una sociedad más humana para todos.

Precisamente por eso, Jesús terminará en la cruz. Todos los grupos y fuerzas influyentes, movidos por diversos intereses, contribuirán en algún grado, a su muerte. El mismo pueblo, manipulado por los poderosos, pedirá su crucifixión. La persecución es el final que espera siempre en una sociedad injusta a quien se atreve a defender hasta el final a los abandonados. El acercamiento a

los pobres y crucificados hará de Jesús un marginado, un perseguido y crucificado, sobre el que caerá con todo su peso la ley de los poderosos.

Identificado hasta la muerte con los pobres y abandonados de este mundo, se verá privado de sus derechos, su dignidad y su propia vida. Sólo en la Resurrección encontrará Jesús la respuesta definitiva del Padre que «hace felices a los pobres».

Esta trayectoria histórica de Jesús pobre y obediente al Padre hasta la muerte, nos revela el amor infinito de Dios que «siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2 Co 8,9).

La pobreza evangélica

24. La acogida sincera del Reino de Dios exige una actitud de «pobreza evangélica». No se trata de una invitación que Jesús reserva a un grupo de selectos, llamados a vivir un estilo de vida especial, sino de una exigencia esencial para todo discípulo de Jesús: «Cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,33).

Esta actitud evangélica no hay que confundirla sin más con la necesidad, la pobreza y marginación que provienen de la injusticia y el pecado de los hombres y tienden a deshumanizar a las personas.

Tampoco nace de un menosprecio por las cosas materiales, sino de una valoración profunda de la creación entera como don de Dios que debe ser disfrutado por todos los hombres.

El que tiene este corazón de pobre vive en una actitud de fe absoluta en Dios, propia de quien lo espera todo del Padre. De ahí, su estilo de vida sencillo, sobrio y austero, sabiendo que nuestro Padre del cielo conoce nuestras necesidades y que, por lo tanto, nosotros debemos «buscar primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se nos dará por añadidura» (Mt 6,33).

Por eso, la pobreza evangélica no consiste en un mero desapego interior de las riquezas que se siguen poseyendo, sino en el desprendimiento real necesario para compartirlas con los necesitados.

El cristiano no cree en un Dios neutral que puede reinar entre los hombres indiferente a las injusticias que se cometen con los indefensos. Se nos invita a creer en el Dios en que creía María, «el que derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, el que colma de bienes a los hambrientos y despide a los ricos sin nada» (Lc 1,52-53).

Por eso, el que tiene «espíritu de pobre» sabe compartir lo que tiene para liberar a los necesitados de una pobreza alienante y deshumanizadora. El que vive una verdadera «pobreza espiritual» no puede seguir disfrutando desproporcionadamente de sus cosas, junto a hermanos pobres y abandonados.

De ahí que las bienaventuranzas no deban ser entendidas nunca como una mera llamada a la resignación y la paciencia, mientras llega para los pobres el día del gozo completo. Es cierto que las bienaventuranzas son promesa escatológica. Pero lo son para aquellos que se comprometen desde ahora en una dinámica de superación de la miseria y de creación de una fraternidad justa entre los hombres.

III.- HACIA UNA IGLESIA EVANGELIZADORA DE LOS POBRES

25. «¿No ha escogido Dios a los que son pobres a los ojos del mundo, para que fueran ricos de fe y herederos del Reino...? ¡En cambio vosotros habéis menospreciado al pobre!» (St 2,5-6).

Queremos que estas palabras de Santiago se escuchen en nuestra Iglesia y nos urjan a una conversión personal y comunitaria. ¿Hacia dónde hemos de caminar?

Una Iglesia que anuncie el evangelio de los pobres

Desde sus orígenes, la Iglesia ha tomado conciencia de la presencia viva del Señor en la comunidad cristiana por medio de su Espíritu. Y es este mismo Espíritu de Jesús el que la ha urgido a vivir su misión evangelizadora en el servicio y la solidaridad con los pobres.

Jesús nos ha trazado el camino a seguir: «Como el Padre me ha enviado a mí, así os envío yo a vosotros» (Jn 20,21). Nuestra conversión siempre consistirá en corregir desviaciones y volver al seguimiento fiel a Jesús «enviado a evangelizar a los pobres».

• *El anuncio del Reino de Dios en nuestra sociedad*

La primera tarea de la Iglesia es anunciar ese Reino de Dios que, también hoy, debe ser escuchado como una buena noticia por los pobres, y como una amenaza para los intereses de los privilegiados que se niegan a una fraternidad más justa entre nosotros.

Corremos el riesgo de considerar el orden establecido como algo intocable, que no debe ser turbado por palabras ni por acciones que exijan un cumplimiento más real de la justicia.

Y, sin embargo, el mensaje de Jesús sólo puede ser anunciado con verdad, como una exigencia de la justicia de Dios en nuestra sociedad concreta. «La evangelización... no sería completa si no tuviera presente las relaciones existentes entre el mensaje del evangelio y la vida personal y social del hombre, entre el mandamiento del amor al prójimo que sufre y se encuentra en necesidad y las situaciones concretas de injusticia por combatir y de justicia y paz que instaurar» (Juan Pablo II en Brasil).

El Dios de Jesucristo sigue siendo el Dios de los pobres. Por eso, todos los que escuchen el evangelio, cualquiera que sea su origen y situación socioeconómica, deben recibir su anuncio como una exigencia concreta de fraternidad y solidaridad con los más necesitados.

No es suficiente una convivencia aparentemente reconciliada de ricos y pobres. Ni basta siquiera animar la conversión individual de algunos privilegiados. El evangelio debe resonar entre nosotros como una llamada urgente a una actuación personal y colectiva decidida en favor de las clases pobres.

26. No es misión directa de la Iglesia organizar una reivindicación social, pero el anuncio del evangelio tiene también aquí exigencias concretas que no debemos silenciar. Queremos recordar en concreto:

- *La suficiencia de bienes materiales para todos:* entre nosotros hay hombres y mujeres que carecen del mínimo indispensable para una vida humana realmente digna. Los creyentes no podemos tolerar la permanencia indefinida de problemas para cuya solución disponemos de medios suficientes. Esta exigencia deben escucharla, antes que nadie, los cristianos que, económicamente, ocupan una posición privilegiada. Pero debemos escucharla también un sector amplio de creyentes que disponemos de recursos relativamente abundantes.
- *Distribución más justa de la renta:* la distribución de la renta no se ajusta, a nuestro entender, a esa tendencia a la igualdad fundamental, que exige el mensaje de fraternidad anunciado por Jesús. No es la Iglesia la que debe analizar técnicamente las diversas estructuras y mecanismos que segregan una desigualdad cada vez mayor. Pero, todos los cristianos debemos actuar responsablemente y a todos los niveles en la transformación profunda de esta sociedad, impulsando los cambios que sean necesarios.
- *Participación creciente en la gestión económica y política:* difícilmente puede hablarse de una economía humana y de una liberación integral de la persona, sin la participación cada vez mayor de todos en la estructura social de la que dependemos. ¿No debemos elevar un no más rotundo a procedimientos de autoritarismo, estrategias de grupos económicos y políticos privilegiados, y decisiones inasequibles, que reducen a los demás a la condición de ejecutores mudos?

• ***La denuncia de la injusticia***

27. Un grave interrogante nos inquieta al escuchar el grito de los pobres: con nuestra pasividad, silencios y ambigüedades, ¿no estamos corroborando y confirmando, de alguna manera, una situación social injusta, cuyos resultados más inhumanos los contemplamos en los más pobres?

En esta situación, el anuncio del evangelio, ¿no nos debe llevar a enfrentar con más claridad su mensaje a todos aquellos que, como grupo social más poderoso e influyente, obstaculizan como nadie la construcción de una sociedad más justa?

La opción preferente por los pobres no excluye de nuestro amor a los ricos. Pero, no hemos de olvidar que una de las maneras de amar al rico y poderoso es estar en contra de la situación que le favorece como rico pero le deshumaniza como hermano.

Estos hombres y mujeres están dentro de nuestra Iglesia. No necesitamos mirar a otros. Somos muchos de nosotros, en un grado u otro. Pues rico es, en definitiva, el que sigue teniendo para sí solo más de lo que necesita, junto a hermanos que carecen de lo indispensable.

El evangelio siempre debe seguir siendo un mensaje de esperanza abierto a todo hombre como necesitado de salvación, y capaz siempre de desolidarizarse progresivamente de estructuras y actuaciones injustas. Aquél que entró en casa de Zaqueo, puede también hoy venir a salvar lo que parece estar «perdido» (Lc 19,10).

Por ello, en nuestras comunidades cristianas, deberíamos hacer todos un esfuerzo mayor por desenmascarar y criticar una vida cristiana y hasta, en ocasiones, una aparente «pobreza espiritual» que, en realidad, no se pueden dar si seguimos aprovechándonos de una situación injusta y si no reaccionamos, en la medida de nuestras posibilidades, en favor de los pobres.

- ***El anuncio de la salvación a los pobres***

28. Debemos estar junto a los pobres, no sólo compartiendo sus aspiraciones y buscando solución a las situaciones injustas, sino anunciándoles la buena noticia que tienen derecho a escuchar de nosotros.

Esta acción evangelizadora nos exige estar junto a ellos para:

- promover la liberación de todo lo que aliena, esclaviza y deshumaniza a los más débiles y pobres, como el signo más claro de una salvación final que buscamos para todos los hombres;
- ayudarles a tomar conciencia de su situación de pobreza y marginación, no para despertar en ellos la envidia de posesión o la aspiración a pasar al nivel de los poderosos, sino para ser más protagonistas de su propia liberación. No se trata de crear nuevos ricos y nuevos poderosos, sino «hombres nuevos», más liberados y solidarios;
- liberarlos del individualismo, la insolidaridad y la desesperanza. El evangelio les puede ayudar a descubrir la «pobreza liberada» como capacidad de mayor libertad, servicio y solidaridad.

Anunciar el evangelio a los pobres no es bendecir su conducta. También ellos han de escuchar la llamada a la conversión cristiana, porque también ellos son pecadores.

Se debe evitar una actitud ingenua o acrítica que acepta como buenas todas las acciones y reacciones del pueblo pobre. No todo lo que viene de los pobres es bueno. Y no es amar al pueblo el ocultárselo.

También aquí se ha de superar la tentación de «popularidad» y se ha de apoyar el anuncio cristiano, no en el poder del pueblo sino en la verdad del evangelio. Desde ahí deberá ser cuestionado también lo que puede haber de antievangélico en sus aspiraciones y actuaciones.

Una Iglesia que promueva una sociedad más fraterna

29. La exigencia primera del Reino de Dios entre los hombres es la fraternidad. Por ello, la tarea de la Iglesia es crear fraternidad cristiana.

- ***Impulso de una sociedad más fraterna***

El ideal del Reino de Dios no es transformar las condiciones políticas, económicas y sociales en vista de un mero bienestar material, sino para crear una sociedad más fraterna donde el hombre puede ser más libre y solidario.

Sin embargo, el sistema de producción y distribución de bienes en nuestra sociedad está en función de un hombre «económico» y no un hombre más fraterno.

En esta sociedad, preocupada por crear bienestar material y consumir cada vez más, ¿no debemos hacer en nuestras comunidades cristianas un esfuerzo constante por discernir y promover todo lo que puede hacer crecer a nuestro pueblo en fraternidad?

Quizás, antes que nada, debemos tomar en la Iglesia, una conciencia más lúcida de la estructura clasista de nuestra sociedad. Allí donde la estructura social divide a los hombres en grupos opuestos y tiende a perpetuar la división, hay un pecado que se opone al Reino de Dios.

No podemos permanecer tranquilos sin promover una mayor solidaridad social. Hemos de «cumplir, antes que nada, las exigencias de la justicia, para no dar como ayuda de caridad lo que ya se debe por razón de justicia» (*Apostolicam Actuositatem*, 8).

No se trata de promover la solidaridad de los pobres contra los ricos, como reacción contra la unión de los poderosos frente a los débiles, sino la hermandad real de pobres y ricos, de manera que los ricos vayan dejando de ser ricos y los pobres de ser pobres, para encontrarse todos en una relación objetiva de mayor justicia y solidaridad.

30. Al pensar en una sociedad más fraterna, hemos de recordar que la verdadera fraternidad se extiende más allá de las fronteras.

En realidad, pertenecemos al mundo de los privilegiados, y sería una burla disputar entre nosotros por unas condiciones de mayor bienestar olvidando egoístamente a los pueblos más pobres de la tierra.

A la lucha por una sociedad más justa en los pueblos del tercer mundo, debe responder aquí, entre nosotros, la lucha y la resistencia contra nosotros mismos, contra la aspiración a tener siempre más y vivir siempre mejor, al margen de los demás pueblos.

- ***Las comunidades cristianas***

31. Una tarea prioritaria siempre en la Iglesia es la de suscitar comunidades en que se viva la experiencia cristiana radical de Dios como Padre de todos.

De esta experiencia nace el esfuerzo por crear una comunidad fraterna donde todo hombre sea considerado como verdadero hermano, al tener todos la misma dignidad de hijos de Dios.

Esta fraternidad absoluta y universal a que tiende la experiencia cristiana, no es posible sin una solidaridad preferente con los más pobres.

Pero, también, en el seno de nuestras comunidades cristianas, se reproducen los contrastes, antagonismos y abusos de nuestra sociedad, sin que seamos capaces de ponerlos en cuestión.

Podríamos preguntarnos qué significan unas comunidades cristianas que no cuestionan estas contradicciones, sino que pasivamente las reflejan y reproducen.

Las comunidades cristianas no deben excluir a nadie, pero tampoco pueden acoger indiscriminadamente a todos sino a aquellos que, a pesar de su pecado, buscan sinceramente una justicia mayor entre los hombres.

Se impone realizar un esfuerzo mayor en nuestras parroquias y comunidades cristianas por subrayar las exigencias de una verdadera fraternidad y de una solidaridad real con los necesitados, de manera que todo miembro que se acerque a ellas se sienta interpelado en su conciencia cristiana.

Una Iglesia que eduque en la solidaridad

32. Nuestra sociedad promueve constantemente el individualismo, la insolidaridad, la rivalidad y el ideal de posesión y disfrute. Es en esta sociedad donde debemos ser y «hacer discípulos» de Cristo.

- ***Proceso permanente de mentalización***

Es necesario un cambio profundo de nuestras «estructuras mentales», si queremos ir construyendo con realismo una nueva sociedad.

Es necesario y posible el cambio de una mentalidad individualista a otra de mayor sentido social. Existe en muchos cristianos sencillos disponibilidad y capacidad de conversión. Lo que necesitamos es saber convocar y unir las fuerzas de conversión que hay en las comunidades cristianas. ¿No deberá ser hoy tarea fundamental y permanente de esas comunidades la conversión del «hombre individualista» que produce nuestra sociedad?

En medio de este mundo enfermo de «neurosis de posesión», deberíamos agudizar nuestra sensibilidad cristiana para descubrir que seguimos practicando

un ideal de vida al margen del evangelio. ¿No nos hemos afincado en la Iglesia cada uno con nuestros intereses y egoísmos, propios de un hombre insolidario?

Hay que revisar en nuestras comunidades cristianas la actitud hacia los pobres. ¿Proviene del evangelio esa visión del «prójimo necesitado» como alguien que no es nuestro hermano, aunque pueda ser objeto de ayuda y atención social? ¿Es cristiano atribuir ligeramente la pobreza de estas gentes a una falta o culpa del individuo?

Con frecuencia, tranquilizamos nuestra conciencia con un gesto de caridad que se concreta en «dar dinero». Ciertamente sabemos que es grande la generosidad de muchas comunidades cristianas en las colectas que se suceden a lo largo del año. Pero, ¿nos dispensa de una preocupación y un esfuerzo práctico y generoso por vivir más de cerca los problemas de los pobres y participar más activamente en su solución?

• **Educación de actitudes**

33. Si la Iglesia es una comunidad donde ha de educarse constantemente la fe de los creyentes, no puede faltar en nuestras parroquias y grupos cristianos el recuerdo permanente de las actitudes exigidas por el «evangelio de los pobres».

En estos momentos, sólo queremos recordar tres actitudes que nos parecen más urgentes entre nosotros:

- La actitud de solidaridad, especialmente con los que más padecen las consecuencias de la crisis actual, que nos lleva a colaborar prácticamente para remediar situaciones insostenibles y a ayudar, por todos los medios posibles, a los más olvidados.
- La participación responsable en toda iniciativa privada o pública, desde donde se puedan resolver las causas de los problemas y no sólo remediar los efectos.
- La recuperación de un estilo de vida sencillo, sobrio y austero, como exigencia de solidaridad cristiana en la actual crisis, aprendiendo a entender la vida no desde la rivalidad, el logro y el éxito que nos puede convertir en los poderosos de mañana, sino desde el servicio generoso y el saber compartir.

Una Iglesia más cercana a los pobres

34. El Concilio Vaticano II afirmó algo que deseamos sea cada vez más real en nuestra Iglesia: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (*Gaudium et Spes*, 1).

- ***Compartir la situación de los pobres***

No es suficiente una actitud de solidaridad y apoyo moral a los necesitados, desde una «prudente distancia». Tampoco basta una simple solidaridad verbal. El cristiano y la Iglesia de Jesús tienen su lugar más natural junto a ellos. Pero, ¿cómo estar realmente con los pobres, allí donde los pobres están?

Nuestros frecuentes fallos e infidelidades en el seguimiento de Jesús nos han ido colocando, a lo largo de los siglos, lejos de los sectores más pobres. ¿Cómo ir suprimiendo las distancias y obstáculos que nos impiden estar hoy junto a ellos? ¿Cómo irnos liberando de la influencia que ejercen en la Iglesia los sectores más acomodados, con sus puntos de vista, intereses, prejuicios, recelos, actitudes y hábitos propios de un mundo que no es el de los pobres?

No se trata sólo de un acercamiento a la clase obrera media que integra, en gran parte, nuestras comunidades cristianas, sino de saber estar junto a los más pobres y marginados de nuestra sociedad. Los sectores a los que no escucha nadie. Esas minorías atrapadas en unas condiciones socio-económicas y de marginación, que les impiden, incluso, luchar por sus derechos. Los olvidados por todos. Los que apenas poseen «potencial revolucionario».

Sabemos que si nos acercamos a estos pobres no será, sólo ni sobre todo, para dar. Mucho más será lo que de ellos podemos aprender y recibir. Nuestra Iglesia puede escuchar de una manera nueva el evangelio de Jesús, si sabemos estar junto a estos hombres y mujeres. Nuestras comunidades pueden ser evangelizadas por estos pobres.

35. Os invitamos a todos a hacer un esfuerzo mayor en nuestras parroquias y grupos cristianos para descubrir el camino que debemos recorrer. Creemos que este camino hacia los pobres pasa hoy por:

- Descubrir mejor a los pobres que viven en nuestra sociedad. Conocer mejor su mundo de problemas y necesidades, no desde la visión lejana de los datos y las estadísticas sino desde el contacto de la relación humana más cercana. Estamos seguros de que si los conocemos más de cerca y tratamos con ellos más personalmente, nuestra actitud cambiará.
- Identificarnos con sus problemas, sus aspiraciones, esperanzas y justas luchas. Y esto no sólo de forma teórica sino en situaciones y conflictos concretos.
- Arriesgar nuestra seguridad y comodidad por la defensa de sus derechos. Empezar a sufrir por ellos. Sabremos que de verdad estamos junto a ellos, cuando sintamos molestias, ataques y críticas por su defensa. Creemos que este sufrimiento cercano es más importante que todos los bienes y ayudas que nosotros les podamos proporcionar.
- Aprender a comprender y valorar los conflictos y tensiones sociales, desde la experiencia dolorosa de impotencia y marginación de los pobres.
- Acostumbrarnos a adoptar una postura pastoral preferente con los más necesitados, creyendo más en su capacidad de escucha del evangelio.

Este acercamiento a los pobres y la defensa de sus derechos no tiene por qué coincidir ni identificarse siempre con los esquemas preestablecidos por aquellos que se presentan como la parte más concienciada del pueblo, y que pretende determinar cuáles son las contradicciones que hay en nuestra sociedad y el modo y las estrategias para resolverlas.

- ***El servicio a los más pobres***

36. Uno de los caminos obligados para ir haciendo más realista y concreto nuestro compromiso con los pobres es el promover desde las comunidades cristianas el servicio a los más pobres y necesitados.

No es cuestión de más o menos generosidad, sino el signo de un seguimiento auténtico a Jesús. Para una parroquia o comunidad cristiana, lo mismo que para Jesús, hay siempre unos privilegiados: los no privilegiados para la sociedad.

¿No urge dar pasos más concretos en nuestras comunidades para tomar un contacto más real con los problemas de estos necesitados y tratar de resolverlos en algún grado? ¿No es éste uno de los cauces mejores para concienciar a las personas y los grupos en defensa de los pobres?

Este servicio a los necesitados no excluye ni dispensa de la denuncia firme de las injusticias. Al contrario, debe ir acompañado por un esfuerzo constante por cambiar las estructuras que producen y mantienen estas situaciones de marginación.

Hay quienes infravaloran todas estas ayudas a los necesitados, por considerarlas puro «reformismo» que no resuelve de raíz los problemas. Nosotros creemos que sin esta cercanía personal al hombre necesitado, queda comprometida incluso la eficacia del cambio estructural, pues las estructuras y las leyes no pueden ofrecer al desvalido la comprensión, la acogida y la compañía que, con frecuencia, necesita.

Por ello, os invitamos a que en las comunidades cristianas apoyéis y alentéis a los que se acercan y sirven a los más pobres y desvalidos, muchas veces de manera callada y oscura, y sin contar con el aprecio de casi nadie.

- ***Los pobres en las comunidades cristianas***

37. Es fácil que los sectores más marginados y las capas más bajas de nuestra sociedad, vean en la Iglesia una institución lejana y extraña, a la que se puede acudir, en ciertos momentos, únicamente en demanda de unos servicios religiosos o de alguna ayuda económica.

Y, sin embargo, sabemos que un pobre no debería sentirse extraño en la Iglesia de Jesús. Para ello, no basta la acogida personal a cada uno. El ambiente, el lenguaje, las celebraciones, las parroquias y los grupos cristianos no deberían resultar inaccesibles a estas gentes sencillas, pobres de cultura y formación.

¿No tenemos que aprender a valorar más a las gentes pobres y apreciar más los valores humanos y religiosos que se encierran en ellas?

Éstas deberían percibir que tienen un lugar en nuestras parroquias y comunidades cristianas. ¿No están llamados los pobres a ser la parte más importante y evangélica de nuestra Iglesia? ¿No se les sigue manifestando a ellos el Padre, con preferencia a los sabios, cultos e instruidos? (Mt 11,25).

En las parroquias y comunidades hemos de preguntarnos qué pasos debemos dar y qué cambios debemos realizar para que estas gentes sencillas puedan recuperar su rostro, su palabra y su dignidad cristiana entre nosotros. En nuestros grupos y comunidades cristianas deberían participar, con sencillez, tantos hombres y mujeres que apenas pueden participar en la dinámica de la sociedad y ni siquiera en esas asambleas llamadas «del pueblo».

Su presencia nos enriquecería y evangelizaría a todos, pues nos ayudaría a redescubrir, de manera muy concreta, la fraternidad de los seguidores de Jesús, que comparten la experiencia de tener un mismo Padre.

Una Iglesia que se hace más pobre

38. El servicio a los pobres y la cercanía a sus problemas nos puede hacer entrar en un largo proceso en el que, probablemente, «seremos llevados a donde no queríamos ir» (cfr. Jn 21,18): una Iglesia realmente pobre, que no se apoya tanto en los sectores pudientes y dirigentes de nuestra sociedad, sino que trata de buscar su identidad evangélica junto a los pobres.

• *Las consecuencias de la evangelización a los pobres*

Una auténtica evangelización a los pobres implica para nuestras Iglesias una revisión de sus criterios y actuaciones, y una llamada a la conversión.

Más que enseñar y hacer grandes declaraciones, deberíamos escuchar las críticas y aprender de aquellos que viven junto a los pobres, sufren sus problemas, defienden de cerca sus derechos y están comprometidos en su evangelización.

Al acercarnos a los pobres, nos hemos de preguntar cuál es nuestra actitud ante los importantes, los influyentes, los dirigentes de la sociedad, para ver si estamos apoyando su visión de la vida y la concepción de sociedad que están interesados en mantener, o defendemos las aspiraciones de los olvidados.

La preocupación sincera por los pobres nos puede ayudar a distanciarnos cada vez más de compromisos ambiguos, oportunismos o privilegios en los que perdemos libertad evangélica.

No es posible anunciar el evangelio de Jesús con libertad, tratando de responder o, al menos, respetar tantos intereses imposibles de conciliar con su mensaje. Sólo si nos acercamos a la «pobreza misionera» de los primeros evan-

gelizadores, se podrá ir disipando la ambigüedad que resta credibilidad a nuestro anuncio cristiano.

39. Sabemos también que la preocupación y el acercamiento a los pobres nos harán comprender mejor y más prácticamente, que las diversas formas de poder que se puedan dar en la Iglesia, y todos los bienes que la Iglesia pueda tener, sólo se justifican si están al servicio del evangelio y, por tanto, al servicio de los más necesitados.

La Iglesia es una fuerza social y tiene un poder, no tanto económico cuanto de influencia moral, en la marcha de la sociedad. Nuestra tentación permanente es la de vivir este poder en juego y competencia con los otros poderes de este mundo.

Nos haría bien reflexionar en nuestras Iglesias, y concretar qué pasos hemos de dar hoy para no caer en la dinámica propia de los poderosos de esta sociedad, que nos distancia del mundo real de los pobres.

40. El acercamiento a los pobres nos puede ayudar también a descubrir que la eficacia evangélica no coincide con cualquier tipo de eficacia, sino que construye fraternidad, favoreciendo a los más abandonados.

La preocupación por la eficacia es legítima, pero no a cualquier precio. En toda nuestra acción pastoral y evangelizadora, debemos recordar una vez más, que la Iglesia no está llamada a competir con la sociedad civil, ni debe pretender el éxito eficaz y llamativo de la acción política, sino el crecimiento lento pero esperanzado de una sociedad más fraterna.

Estamos lejos de ser una Iglesia pobre y de los pobres. Pero creemos que en nuestras comunidades hay cristianos sinceros que nos pueden llevar hacia una Iglesia más sensible y cercana a los abandonados.

- **La cruz**

41. «La Iglesia debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo llevó, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y de la inmolación» de sí mismo hasta la muerte» (*Ad Gentes*, 5,3).

Lo sabemos, pero no lo aceptamos fácilmente. Nuestro riesgo es vivir anunciando la cruz mientras rehuimos la pasión. Con frecuencia, la situamos donde nosotros deseamos, pero no donde en realidad está y donde Jesús la vivió, en las consecuencias que se siguen del anuncio valiente del evangelio.

Hemos de aprender a sufrir las resistencias, reservas, críticas y ataques de todos aquellos a quienes no interesa escuchar la verdad de los pobres ni las exigencias del evangelio. La verdadera pobreza de la Iglesia llegará como precio y consecuencia de una verdadera evangelización.

La ausencia de conflictividad con los que siguen interesados en mantener un estado de cosas en donde hay injusticia, ¿no será, en definitiva, signo de falta de audacia evangelizadora?

Por otra parte, hemos de descubrir el gozo profundo que se encierra en el corazón sencillo de quien prefiere sufrir injustamente antes que colaborar con la injusticia, y de quien sabe renunciar generosamente a su comodidad y al disfrute egoísta de la vida para compartir las necesidades de los más abandonados.

Desde este seguimiento práctico al Crucificado podremos comprender que sólo salva el que comparte y se solidariza, y descubriremos en la Cruz el gesto más humano y revelador del verdadero amor, que es el compartir el sufrimiento de los hermanos.

IV.- CONVERSIÓN Y COMPROMISO

42. En todos los tiempos, han ido brotando del amor de la Iglesia a los pobres, diversas realidades a su servicio.

También nuestras Iglesias diocesanas se han comprometido, de diversas maneras, en la promoción de servicios docentes y asistenciales en sectores marginados. Es alentador, por otra parte, el ver a tantos sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares entregados generosamente al servicio de los más necesitados.

Pero el evangelio de Jesús nos debe urgir mucho más. Hemos de plantearnos con sinceridad nuestro compromiso eclesial ante los pobres de nuestra sociedad y cómo debemos escuchar la llamada concreta a la conversión.

Compromiso eclesial

Antes que nada, queremos señalar algunas de nuestras preocupaciones pastorales, al mismo tiempo que os pedimos a los grupos y comunidades cristianas vuestra reflexión, sugerencias y compromiso por una Iglesia más cercana a los pobres.

- ***Presencia en los sectores más pobres***

Conocemos la presencia y actividad de pequeñas comunidades religiosas y grupos parroquiales en medio de barrios y ambientes marginados. Su trabajo en dispensarios, pequeños asilos, centros de acogida, escuelas elementales y guarderías infantiles es «buena noticia» para los pobres.

Pero esta presencia ha de intensificarse en los ambientes más desfavorecidos. Pensamos, sobre todo, en el mundo rural pobre y en los barrios menos atendidos.

Nuestras Iglesias han de ofrecer una atención pastoral más cuidada a los pueblos pequeños y ambientes rurales abandonados. Estamos dispuestos a apoyar de manera especial a los sacerdotes que se sientan llamados a atender a estas pequeñas comunidades cristianas, buscando nuevas fórmulas y caminos para animar la vida cristiana en el campo rural y la pastoral de caseríos.

Al mismo tiempo, hacemos una llamada a los religiosos y religiosas para que, siguiendo su carisma de servir a los más necesitados, se acerquen a estos ambientes donde su servicio y acción pastoral pueden ser tan necesarios.

43. Queremos estar también más presentes en los barrios pobres que surgen en la periferia de nuestros centros urbanos más importantes.

Conocemos las necesidades de esas parroquias pobres (templos mal acondicionados, falta de locales, escasez de medios...). Hemos de buscar entre todos

cómo promover una mayor solidaridad entre las parroquias, buscando cauces eficaces para ayudar a las comunidades cristianas más pobres. Estas parroquias deben encontrar una atención preferente en nuestra responsabilidad pastoral y en los diversos servicios diocesanos.

- ***La educación de la fe***

44. Creemos que, en nuestras diócesis, la dimensión social está demasiado ausente en la acción educadora de la fe. Sin embargo, aquí puede estar una de las contribuciones más positivas de la Iglesia a la creación de un hombre nuevo en una sociedad nueva.

Por esto, pedimos a los diferentes secretariados, delegaciones y organismos de catequesis y evangelización que revisen sus proyectos de educación de la fe, para que en las diversas programaciones de catequesis, catecumenados, preparación de los jóvenes a la confirmación, etc., aparezca con claridad el evangelio de los pobres y se subrayen adecuadamente las exigencias sociales de la fe.

45. Conocemos también la importancia que tiene, en la vivencia de la fe de muchos cristianos, la homilía dominical que se escucha en nuestras iglesias.

Por ello, a todos los sacerdotes nos urge revisar seriamente el contenido, talante y enfoque de la presentación que hacemos del evangelio. Una sensibilidad mayor al mundo de los últimos y una referencia más concreta a los problemas de la vida real, podrían vivificar una predicación, con frecuencia demasiado rutinaria y conformista.

46. Queremos alentar desde aquí el servicio que vienen realizando nuestros secretariados sociales, en su línea de estudiar la realidad de nuestra sociedad, iluminarla desde una visión de fe y ayudar a los cristianos a buscar un compromiso individual y comunitario, fiel a las exigencias evangélicas.

Les animamos a que nos sigan recordando, de manera concreta y realista, los problemas que más deben interpelar hoy nuestra conciencia cristiana.

Lamentamos, sin embargo, que el servicio realizado por estos secretariados sociales no es valorado ni utilizado suficientemente en los grupos y comunidades cristianas ni en las catequesis y catecumenados. Han de buscarse cauces más eficaces para que estas catequesis sociales lleguen a los sacerdotes y a las comunidades. Su estudio puede ayudarnos a una toma de conciencia más lúcida ante las exigencias concretas del evangelio, y puede contribuir eficazmente a la formación de verdaderos «militantes cristianos».

También queremos alentar el servicio de los teólogos, en su tarea de iluminar al pueblo cristiano y orientar a los responsables de las comunidades. Su colaboración en la búsqueda de una Iglesia más fiel a Jesucristo puede ser de las más valiosas, sobre todo si viene acompañada de un compromiso personal de vida pobre y fiel al evangelio.

- ***El servicio de caridad***

47. La caridad es una dimensión esencial a toda la comunidad cristiana. Las obras caritativo-asistenciales de las comunidades religiosas y de las asociaciones y grupos de inspiración cristiana son fruto de la caridad que anima al pueblo cristiano. Éste no puede aparecer vinculado a esas obras sólo por la colaboración económica que les presta. En las obras asistenciales, promovidas de una u otra manera por los cristianos, se hace presente la caridad de toda la comunidad cristiana.

En particular, Cáritas puede y debe ser uno de los mejores cauces de expresión y realización de la dimensión caritativa de la comunidad cristiana. Debe interpelar a la conciencia de los cristianos, animarles al servicio de la caridad y, de esta manera, ayudar a esta comunidad a elevar su denuncia social desde el compromiso concreto de la caridad.

Por ello, queremos promover una reanimación del servicio de Cáritas en nuestras parroquias. Creemos que son bastantes los creyentes que podrán encontrar una misión y una tarea cristiana en el servicio de una Cáritas renovada.

En concreto, creemos que Cáritas debe ayudar a las parroquias a descubrir con más realismo las situaciones de pobreza y necesidad, siguiendo de cerca las nuevas situaciones de marginación y necesidad que se van creando en nuestra sociedad (parados, jóvenes inadaptados, drogadictos, etc.).

Debe promover en la comunidad cristiana el acercamiento personal y el servicio a los más olvidados y necesitados de la sociedad.

Nos debe sugerir gestos, iniciativas y acciones que nos vayan acercando al mundo de los pobres. ¿No deberíamos pensar en nuevos cauces para compartir de manera permanente nuestras ganancias con los más afectados por la actual crisis económica? ¿No convendría revisar en nuestras comunidades cristianas qué destino dar a objetos de valor, sin interés artístico alguno y sin otra función en la actualidad?

- ***La celebración de la fe***

48. La Eucaristía está llamada a ser signo de unidad, justicia, fraternidad y amor. Una celebración constante de la Eucaristía, en la que pueden participar igualmente los que defienden y mantienen una situación que causa el sufrimiento y la marginación de los débiles, y los que padecen ese mismo sufrimiento, pierde su auténtico sentido. La Eucaristía, celebrada así, ¿no consagra de alguna manera la división y el enfrentamiento estructural existentes en la sociedad?

No se trata de arrogarnos el derecho de discriminar a los participantes. Pero sí hemos de decir que las comunidades cristianas se tienen que sentir cada vez más responsables de que la celebración de la Eucaristía sea una proclamación de la fraternidad querida por Jesús y un recuerdo de las exigencias concretas de la justicia de Dios.

La celebración auténtica de la Eucaristía tiene sus exigencias concretas. Al proclamar el evangelio, no lo debemos presentar sin más como una buena noticia para todos, sino sólo para los que se abren a la justicia de Dios y a una verdadera fraternidad. Al pedir perdón, debemos recordar las injusticias concretas, los abusos y opresiones que cometemos. Al invocar a Dios, tenemos que recordar a los necesitados que esperan concretamente nuestra solidaridad y defensa.

Una celebración cada vez más responsable de la Eucaristía ayudará a cada participante a preguntarse y «examinar cómo come del cuerpo y cómo bebe del vino, pues quien come y bebe sin tomar conciencia de que se trata del cuerpo del Señor, come y bebe su propio castigo» (1 Co 11,28-29).

Por eso, todos tenemos que revisar cómo celebramos la Eucaristía en nuestras comunidades. De manera especial, debemos evitar esas celebraciones que, lejos de ser un signo de fraternidad, se han convertido en un gesto político, en un acto de sociedad o simplemente en una manifestación de carácter artístico.

Ha de eliminarse todo aquello que en las bodas, bautismos y primeras comuniones puede dar un contexto suntuoso y hasta provocativo a la celebración, vaciando de significado cristiano los gestos sacramentales.

- ***La espiritualidad de los pobres***

49. Hemos promovido, con frecuencia, una cierta espiritualidad para «seleptos» y gente culta. Una espiritualidad elaborada en un contexto privilegiado y donde la vida interior requiere, por lo general, unas condiciones inalcanzables para la gente pobre o ignorante. Nos preguntamos qué significado puede tener el orar para los que viven abrumados por la vida.

Quizás no hemos sabido apreciar la espiritualidad sencilla de la gente pobre, donde la experiencia de Dios y la confianza en el Padre se expresan de manera simple y sin complicadas elaboraciones.

Pero, también hoy el Padre se sigue revelando a ellos con más claridad que a los sabios e instruidos. Su confianza grande en Dios, su capacidad de sufrimiento sereno, su esperanza contra toda esperanza, su solidaridad con los más necesitados que ellos, su alegría sencilla... nos descubre que el Espíritu de Jesús habita en ellos.

Nuestras comunidades cristianas deberían valorar y promover la espiritualidad de estas gentes sencillas. Que su experiencia cristiana se escuche en nuestros grupos y catecumenados. Que su fe nos enriquezca a todos.

De manera especial, el acceso al evangelio, como un libro que los pobres pueden entender y en el que pueden inspirar sus vidas y alimentar su esperanza, ha de promoverse por todos los medios.

Conversión personal

50. No basta provocar en nuestras Iglesias cambios estructurales o actitudes colectivas. Cada uno de nosotros debemos escuchar la llamada a una conversión personal.

• *El compromiso de los pastores*

Al escribir esta Carta, somos conscientes de que nuestra palabra no va siempre acompañada de un testimonio de vida evangélica pobre, como esperáis de nosotros.

Somos los pastores de la comunidad cristiana, obispos y presbíteros, los primeros que debemos escuchar una llamada a la conversión.

Jesús envió a sus discípulos a anunciar el evangelio sin apoyarse en medios económicos o poder alguno. «No toméis oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón» (Mt 10,9-10). ¿Qué hemos hecho del mandato de Jesús?

Os invitamos a todos los sacerdotes a reflexionar con sinceridad en qué actitud estamos viviendo nuestro servicio al evangelio.

Los sacerdotes estamos perdiendo el prestigio y la influencia que teníamos en la sociedad. Es difícil acceder hoy el sacerdocio por razones de prestigio o ventaja social. Por otra parte, muchas veces, apenas puede verificarse la eficacia de nuestro esfuerzo pastoral.

Todo esto no debe provocar en nosotros el desaliento. Al contrario, quizás estemos ante una ocasión única para descubrir el carácter gratuito del servicio pastoral y aprender a anunciar el evangelio de una manera realmente pobre. Pensamos, sobre todo, en tres aspectos de nuestra vida sacerdotal:

- *Austeridad de vida:* hemos de revisar las ataduras de seguridad, comodidad, bienestar material que nos impiden vivir con generosidad nuestro trabajo pastoral.
En ningún caso, el trabajo sacerdotal debe ser fuente de enriquecimiento personal. El evangelio se recibe gratis y se anuncia gratis (Mt 10,8). Quizás el signo más claro de austeridad debiera ser nuestra dedicación incondicionada e incansable al servicio pastoral.
- *Libertad evangélica:* examinemos también las dependencias, compromisos, relaciones sociales, privilegios e intereses que nos impiden anunciar el evangelio de manera más concreta y libre.
- *Solidaridad con los pobres:* esforcémonos por descubrir cada uno de los pasos concretos que debemos dar para compartir los sufrimientos de los pobres, acercándonos personalmente a los más olvidados, ofreciéndoles nuestra amistad y nuestra defensa, definiéndonos ante situaciones concretas de injusticia, sensibilizando a toda la comunidad cristiana. ¿Cuántos son los sacerdotes que trabajan entre pobres o están dispuestos a prestar su servicio pastoral en parroquias pobres?

- ***La conversión en los grupos cristianos***

51. Queremos dirigir una llamada especial a los creyentes que se esfuerzan por vivir su fe dentro de pequeños grupos, catecumenados o comunidades cristianas.

Estos grupos pueden ofrecer a muchos creyentes el ámbito cristiano para una conversión personal profunda. Desde ellos, puede la Iglesia de hoy ir dando pasos concretos que la acerquen más a los pobres.

La Iglesia necesita la crítica interna de estos grupos cristianos que, con su palabra pero, sobre todo, con su vida pobre y solidaria con los pobres, nos recuerden a todos que sólo podemos ser fieles a Jesús siendo Iglesia de los pobres. Para ello, creemos que se deben promover algunos valores y actitudes:

- vivir austeramente, sin dejarse arrastrar por las satisfacciones del consumismo, la fascinación del dinero ni las aspiraciones del poder personal;
- revisar el propio nivel de vida y los presupuestos familiares, para vivir compartiendo más con los necesitados;
- acercarse a los sectores pobres y a los problemas concretos de los marginados, promoviendo las relaciones personales con los abandonados;
- dar a la propia militancia política o sindical un signo claro de promoción de una sociedad organizada no en función de los intereses de los privilegiados, sino de las necesidades de los pobres;
- participar en gestos, campañas, declaraciones, etc., en que se defiendan las aspiraciones de las clases más indefensas.

- ***Llamada a los religiosos***

52. Nos dirigimos también a los religiosos y religiosas, que han escuchado una llamada particular a vivir el seguimiento a Jesús desde un proyecto de vida pobre.

Vosotros debéis ser los primeros en escuchar la interpelación de los pobres de nuestros días y los primeros en impulsar una Iglesia más pobre y más cercana a los pobres.

Con vuestra pobreza evangélica vivida con radicalidad, tenéis la responsabilidad de ayudarnos a todos a descubrir el valor y la alegría de una vida austera, sencilla, fraterna y servicial.

Os invitamos a escuchar el carisma inicial de los creyentes que dieron origen a vuestras familias religiosas, pues todos ellos pensaron en un servicio preferente a las clases más pobres.

Vosotros mismos sabéis que vuestra vida religiosa difícilmente resulta significativa para la sociedad, si no os ven decididamente comprometidos en el servicio y la defensa de los más abandonados.

No os extrañéis de las críticas que os hacen cuando no ven en vosotros los rasgos del Pobre de Nazaret. En realidad, os están pidiendo que seáis más fieles a la llamada que os ha hecho el Señor.

Muchos de vosotros vivís entregados al servicio de los más necesitados, en trabajos desagradables y duros, poco valorados por la sociedad. Pensamos en la atención a enfermos crónicos, minusválidos profundos, enfermos síquicos, niños abandonados, ancianos desvalidos, transeúntes sin hogar... Contad siempre con nuestro aliento y nuestro apoyo.

Os invitamos a que os comprometáis con generosidad en las nuevas formas de asistencia social (drogadictos, jóvenes inadaptados, sectores marginados, zonas rurales abandonadas...). Vuestra presencia debe contribuir a una humanización mayor de los servicios sociales.

Permaneced también siempre abiertos a los nuevos problemas, allí donde haya personas necesitadas que no son atendidas por nadie, debido a la falta de sensibilidad social.

Los que vivís entregados a la enseñanza, no olvidéis vuestra responsabilidad de anunciar en todas partes el evangelio de los pobres, educando a todos desde los intereses de los más necesitados. Para ello, es preciso que conozcáis y viváis más de cerca sus problemas.

Os animamos a todos los religiosos de nuestras diócesis a conocer mejor las situaciones concretas de necesidad y pobreza que hay entre nosotros, desde un contacto más cercano con la realidad.

Al planificar vuestras obras y servicios, tened siempre presentes las necesidades de los más pobres. Esta preferencia por los más necesitados en cada situación y en cada tarea debe ser un rasgo peculiar que distinga al religioso.

• ***El compromiso ante la crisis actual***

53. No queremos terminar esta Carta Pastoral sin hacer un llamamiento a todas las familias cristianas y a la conciencia de todos los creyentes. Llamada que se hace más urgente ante la crisis económica actual que va creando nuevas necesidades entre nosotros. Sólo queremos recordar algunas actitudes más exigibles que nunca:

- *Responsabilidad social* ante la crisis y sus consecuencias en los más débiles. En los poseedores de bienes, esto exige el pago responsable de los impuestos, la inversión para mantener y crear puestos de trabajo, etc. Hay sueldos de escándalo entre nosotros y los que los perciben deben plantearse en conciencia cuál es el destino que dan a ingresos líquidos tan desorbitados.
- *Solidaridad*, que exige renunciar a las horas extraordinarias y el pluriempleo que quiten trabajo a otros compañeros.
- *Austeridad de vida*. No es cristiano seguir disfrutando y satisfaciendo toda clase de caprichos, mientras otros carecen ya de lo indispensable. ¿No debemos revisar lo que gastamos y en qué gastamos?

- *Compartir* lo nuestro con los necesitados. Queremos recordar unas palabras de Pablo VI, que pueden iluminar hoy más que nunca nuestra conducta: «No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario» (*Populorum Progressio*, 23).

Os ofrecemos nuestra palabra como una modesta ayuda que pueda animar la reflexión de los grupos y comunidades cristianas, nos urja a todos a una conversión personal en nuestras actitudes prácticas y nos convoque a un esfuerzo común por caminar hacia una Iglesia más pobre y más capaz de anunciar el evangelio a los pobres.

La predicación cuaresmal nos ayudará a todos a escuchar mejor la interpe-lación del evangelio de los pobres. La oración y la celebración cristiana de la penitencia en este tiempo de Cuaresma son una llamada urgente a nuestra conver-sión.

Que la celebración de la Muerte y Resurrección de Jesús, que «siendo rico se hizo pobre para enriquecernos» a todos, reavive nuestra fe en el evangelio y nos dé fuerza para saber acogerlo con corazón pobre y sincero.

Cuaresma, 1981

- ✠ **José María**, Arzobispo de Pamplona y A.A. de Tudela
- ✠ **Luis María**, Obispo de Bilbao
- ✠ **José María**, Obispo de San Sebastián
- ✠ **José María**, Obispo de Vitoria
- ✠ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao